

# LIBROS

• **Reflexiones en torno a los centenarios / Los tiempos de la Independencia**

> CLARA GARCÍA AYLUARDO Y FRANCISCO J. SALES HEREDIA (EDS.)

• **A la vera de las independencias de la América hispánica**

> JUAN MARÍA ALPONTE

• **Las independencias hispanoamericanas / Interpretaciones 200 años después**

> MARCO PALACIOS (COORD.)

• **Elegía criolla / Una reinterpretación de las guerras de independencia hispanoamericanas**

> TOMÁS PÉREZ VEJO

• **Cuentos completos**

> FOGWILL

• **Habanos en Camelot / Crónicas personales**

> WILLIAM STYRON

• **Retratos y encuentros**

> GAY TALESE

• **Los Estados Desunidos de Latinoamérica**

> ANDRÉS OPPENHEIMER

• **Almuerzo de vampiros**

> CARLOS FRANZ

• **Cuentas pendientes**

> MARTÍN KOHAN

• **La mayor**

> JUAN JOSÉ SAER

## HISTORIA

# Cuatro lecturas de las independencias



**Clara García Ayluardo y Francisco J. Sales Heredia (eds.)**  
**Reflexiones en torno a los centenarios / Los tiempos de la Independencia**  
México, CIDE/CESOP, 2010, pp. 181



**Juan María Almonte**  
**A la vera de las independencias de la América hispánica**  
México, Océano, 2009, pp. 276



**Marco Palacios (coord.)**  
**Las independencias hispanoamericanas / Interpretaciones 200 años después**  
Bogotá, Norma, 2009, pp. 414



**Tomás Pérez Vejo**  
**Elegía criolla / Una reinterpretación de las guerras de independencia hispanoamericanas**  
México, Tusquets, 2010, pp. 324

Decía Marc Bloch que los orígenes son una mala obcecación para los historiadores. Porque parece natural y es un mandato: a toda nación su Adán y su Eva, por ello en las historias nacionales de América no existe tema más

sabido, debatido e investigado que las independencias, la génesis. A lo largo del siglo XIX, el origen de las naciones fue *casus belli*, ya en litigios por ideologías, ya en el meter y sacar del armario de la historia héroes o minucias como

la de si Hidalgo fue el prócer incólume (Carlos María de Bustamante) o un “zorro” “taimado” (Lucas Alamán). Para la era de los centenarios, 1910, ya habían triunfado historias nacionalistas más o menos bien armadas, mejor o peor contadas, todas alegorías de la creencia en la generación espontánea, óptima e inevitable de naciones, así cual criaturas del señor que nacen, crecen y se libran del yugo español, portugués y británico. El último siglo de historia profesional a ratos ha apuntalado, a ratos desmentido estas certezas. No obstante, a partir de finales de la década de 1980 comienza una perspectiva historiográfica que en este bicentenario, no bien se acaba de criar en los mundillos académicos, anda que sale a la calle “como queriendo pelear” por lo que quede de conciencia histórica en individuos y pueblos.

David Brading, Jaime Rodríguez, François Xavier Guerra, José Carlos Chiaramonte y Tulio Halperín, entre muchos otros, comenzaron la revisión de lo que esta historiografía reciente llama la monarquía hispánica —el imperio español, reino universal de reinos particulares con complicados y encimados sistemas legales, todo bajo un mismo Rey y Dios. De este puerto han zarpado varios estudios importantes, unos con acento en la historia de las instituciones

legales (José María Portillo Valdés), otros dedicados a la estructura comparada de los imperios (Josep María Fradera, John Elliott) y aún otros más interesados en la participación popular (Eric Van Young, John Tutino). Y, claro, se han desatado nuevas batallas, tantas que tengo para mí que entre los historiadores de las independencias ya hay sus Ayacuchos y sus Bolívares e Hidalgos. Lo que hoy causa revuelo es cuál fue el verdadero papel de las constituciones, de la religión, de la participación popular más allá de conciencias preexistentes de nación, Estado, soberanía y pueblo. ¿Cómo fue que brotaron tantas naciones, tantos pueblos soberanos y repúblicas donde no había?

De haber, hay cuatro nuevos juicios más o menos compartidos. Primero, que las naciones no fueron el origen sino el resultado de las guerras y transformaciones que inician con la invasión napoleónica de España y concluyen con lo que hoy llamamos “independencias”. Segundo, que no fueron guerras por la independencia sino guerras civiles. Tercero, que cualquiera de las independencias del continente americano no es, no puede ser, una mera y llana historia argentina o mexicana o peruana, sino que se trata de un terremoto entre Europa y América cuyas ondas expansivas hacen de cada temblor nacional a un tiempo eco y epicentro del global. Y, finalmente, que nada era inevitable, que la cuestión pudo haber acabado en una suerte de *commonwealth* hispánico o en varias monarquías o, como en México y Brasil, en imperios.

Los trabajos que aquí comento son, así o asá, ecos de este cambio historiográfico, y los cuatro libros en cuestión, la mayoría de los 19 autores que participan en estos volúmenes declaran acabadas las historias patrias de las independencias. Casi todos parten de la idea de que la nación fue el resultado, no el origen, de las guerras; que la América hispánica fue la conservadora, la liberal fue España, al menos hasta 1814 y luego, por un tiempo, a partir de 1821. En fin, que están patas para arriba las visiones de los libros de texto de la mayoría de los

países del continente. Por ello los libros que aquí considero son bienvenidos; por ello también no sorprenden, al menos no a un historiador, pues ya vamos para treinta años de estas tertulias que ahora adquieren una sonoridad especial, si efímera, a raíz de los bicentenarios. A estas alturas, yo mismo ya no sé cuál es el dragón que estamos combatiendo. De seguro lo que falta es que eso que para los historiadores es pan de cada día pase a ser consumo de las historias que se cuentan en la educación básica, en los cafés, en las tertulias de radio y televisión o en las arengas de políticos.

*Elegía criolla*, de Tomás Pérez Vejo, resume con erudición las aportaciones recientes; el libro se sabe balance y se imagina cautivador más allá del regazo de los historiadores: “La incapacidad de ofrecer una nueva síntesis en la que fundar la memoria colectiva tiene como consecuencia la pervivencia de los viejos relatos y de su papel como articuladores de las mitologías nacionales.” Es este el reto que Pérez Vejo enfrenta centrado en el caso de la Nueva España, pero cubriendo bien la historia de la península a partir de 1808. Solía pasar que los historiadores de México o de Argentina se sentían obligados a hablar de lo que pasó solo entre Guanajuato y la ciudad de México, o entre Córdoba y Buenos Aires. Pero ahora ya nadie pasa de largo la historia de la península, sobre todo entre 1808 y 1820: una intermitente revolución liberal que empieza con la guerra española de independencia (contra Francia) y con la convocatoria a juntas, se sigue con la Constitución de Cádiz y termina con la rebelión militar, liberal, de 1820, la cual obliga al deseado, Fernando VII, a dar marcha atrás en su intento de regresar el reloj de la monarquía hispánica al siglo XVIII. Pérez Vejo da de cal y da de arena. Cuenta España y cuenta Nueva España. Y lo hace con ecos de todas partes. Por ejemplo, para Pérez Vejo la caída de la monarquía hispánica no es afín a la traída y llevada Roma, sino a la desmembración de imperios abigarrados que, por debilidad, permitieron naciones de naciones, reinos de reinos, es decir, los imperios turco, austrohúngaro y soviético.

Más que una nueva narración de los hechos, *Elegía criolla* es un análisis de temas esenciales—pueblo, revolución, nación, soberanía, criollos, peninsulares. De ahí que el libro sea un acierto pero, creo, no en el sentido que el autor preveía. Porque Pérez Vejo hace corte de caja, de esos que embelesan a los historiadores, y se entretiene en poner en su lugar a muchos colegas, lo cual es néctar para un aburrido como yo, pero no da para hacerle cosquillas a la “memoria colectiva” a la que Pérez Vejo dice apelar. El autor examina mucho y bien, pero cuenta muy pocas historias. Es una lástima, porque Pérez Vejo es tan bueno examinando como contando, así lo deja ver su excelente narración del plan iconográfico y arquitectónico ideado por el monje benedictino Martín Sarmiento para el nuevo palacio de los primeros Borbones españoles. Una iconografía que, como cuenta Pérez Vejo, equiparaba a Moctezuma con Pelayo. Pero no hay muchos más relatos, aunque sí mucho y certero enmendarle el reglón a los historiadores. ¿Qué quedó del ardor de hacerse memoria colectiva? Soy de la idea de que solo se toca a la puerta de “memorias colectivas” contando historias, pero eso no es de “enchírame otra” en México o de “cebame un mate, Catalina” en la Argentina. Es complicado: a veces, para contar historias, hay que dejar de informar; otras veces hay que informar, como sin querer, para que las historias que contamos tengan vida propia.

*Reflexiones en torno a los centenarios / Los tiempos de la Independencia*, editado por Clara García Aylluardo y Francisco J. Sales Heredia, y *Las independencias hispanoamericanas / Interpretaciones 200 años después*, coordinado por Marco Palacios, son colecciones de artículos que, queriéndolo o no, están dirigidos a los especialistas. El primer compendio incluye cuatro ensayos de protagonistas de primera línea en la revisión historiográfica reciente: Antonio Annino, David Brading, Carlos Garriga y Eric Van Young. Todo el libro está dedicado a la Nueva España mas, cual era de esperarse, a través de ecos con la península, el continente y Europa. Por

su parte, *Las independencias hispanoamericanas* incluye trece ensayos que cubren desde visiones generales sobre todas las independencias hispánicas y sobre sus consecuencias económicas, hasta varias revisiones de casos particulares (Nueva España, Nueva Granada, Perú, Guatemala, Paraguay, Cuba, Puerto Rico, Chile, Ecuador, Argentina y Venezuela). Imposible dar pormenor de tanto. Una probadita.

En ambos volúmenes participa Eric Van Young, cuyo libro *La otra rebelión / La lucha por la independencia de México 1810-1821* (2001, edición en inglés; 2006, en español) ha sido referencia, polémica pero obligatoria, para los historiadores. En el artículo incluido en *Las independencias hispanoamericanas*, Van Young resume las aportaciones de su libro, mostrando una vez más la importancia de los comunes, en especial los indígenas, en las guerras de independencia, lo esencial de los aspectos étnicos y de la religión. En su ensayo para *Reflexiones en torno a los centenarios*, Van Young intenta otra cosa: comparar 1810 con 1910. El tema abre el apetito de cualquier historiador, mas el ensayo de Van Young deja con hambre. Su conclusión es anticlimática: dado que para él lo esencial son los campesinos indígenas, la identidad étnica y la religión, entonces 1910 resulta distinto a 1810 porque en 1910 había menos indígenas (del 60% de la población en 1790 al 16% en 1895), menor dominio de la vida rural y mayor secularización de la sociedad. Lo cual suena a decir que 1810 es diferente a 1910 porque 1810 pasó en 1810 y 1910 en 1910. La cosa daba para más, incluso para cuestionar la fijeza de las identidades étnicas, no en 1910 sino en 1810. También el tema se prestaba para plantarle una estocada a la cantada secularización: Zapata, como Hidalgo, también virgen de Guadalupe; la independencia mexicana, la real, la de 1821, fue la defensa de la religión que tres décadas después, en “la segunda independencia”, la Reforma, decantó en anticlericalismo. La Revolución se imaginó atea, como curas, y en menos de dos décadas viró en guerra de religión (eso sí, sin marca étnica).

Por su parte, Annino y Garriga estudian, en *Reflexiones en torno a los centenarios*, la nacionalización de la territorialidad de la monarquía hispánica, así como el concepto de soberanía. En sus respectivos ensayos, ambos autores abrevan de la historia del derecho y presentan lúcidas claves para entender el surgimiento de soberanías menores y mayores a la nación, aunque a la larga constituyentes de la misma. Garriga y Annino son de los que conocen y entienden la jurisprudencia de “La Pepa” (la Constitución de Cádiz), la formación de juntas y el consecuente entretener de la soberanía, pero van más allá. Garriga hace un *zoom out* e incluye en la cuestión novohispana los dilemas peninsulares a la luz de los americanos y viceversa; Annino hace *zoom in* y repara en las muchas soberanías de los pueblos de México, cual cara y cruz de los debates europeos y americanos. Lo dice Annino: “en México el imaginario de la nación tuvo siempre dos pilares: el pueblo como sujeto social colectivo, y los pueblos como conjunto de sujetos sociales particulares que nunca reconocieron definitivamente la soberanía absoluta del Estado-nación [...] la nación de los pueblos fue la expresión discursiva que tomó en el México moderno la tradición autonomista territorial de raíz hispánico-colonial, algo que se quedó siempre bastante ajena (*sic*) al federalismo de la forma estatal mexicana”.

Los ensayos de Annino y Garriga son una buena muestra de los aportes de la nueva historiografía que, al fin, ha tomado en serio el complicado armatoste jurídico de la monarquía hispánica. Esta perspectiva está en curso, sobre todo en España y México, y está siendo ampliamente comentada. Por cierto, Garriga recurre a interesantes metáforas para analizar la soberanía: padre, madre, hijo, hermano. Lo hace siguiendo un sugerente texto legal (1723) de Juan Antonio de Ahumada, abogado novohispano. Aunque fuera solo por la cita, el de Garriga es ensayo de lectura obligada:

debe V. Mag. 107 considerarse como Esposo de cada vna de las Repúblicas de sus Reynos; y sus Vasallos siendo

de distintos, como hijos de diverso Matrimonio; y no teniendo vn Padre, que tiene hijos de dos mugeres, arbitrio para dar al de la primera los bienes, que son de la segunda, tampoco deben los Americanos, que son hijos de V. mag. y de esta segunda muger, que es la America, quedar privadas de los bienes dotales de su Madre, ni los de acá, que son de primero Matrimonio, obtener los que por todos Derechos pertenecen à los de el segundo.

A su vez, en su contribución a *Reflexiones en torno a los centenarios*, el ilustre historiador David Brading regresa a sus trabajos sobre la Guadalupe, indispensables y bien conocidos, pero aquí y allá añade detalles que iluminan el peso de la virgen en las independencias. Es decir, cosas como que Iturbide, padre biológico de la independencia, no bien declara la secesión crea el Orden Imperial de Guadalupe y se nombra a sí mismo el Gran Maestre, porque, dice Brading, “en efecto, la independencia de México se consumó por un ejército realista que había vencido a los insurgentes en el campo de batalla, pero que después cuestionó las medidas liberales de las cortes y buscó mantener a México como un baluarte católico”.

*Las independencias hispanoamericanas* estudia la misma historia que *Reflexiones en torno a los centenarios* pero distinta geografía. Se trata de un volumen importante para tener una muestra continental del revisionismo histórico en curso. Entre sus muchos ensayos destaco dos, uno abocado a Venezuela y el otro a Paraguay. Carole Leal Curiel y Fernando Falcón Veloz, en un lúcido ensayo sobre lo que ellos llaman las tres independencias de Venezuela, revisan los mitos bolivarianos. Para los autores la primera independencia, la de 1810, fue en verdad una rebelión para salvar a Fernando VII y a la representación local; la segunda fue una suerte de propuesta casi confederada que ya preveía la posibilidad de la independencia y, finalmente, la última independencia de Venezuela significó el fin del virreinato

pero también la desmembración de la Gran Colombia y más guerras civiles. El ensayo es recomendable no solo por el análisis sino porque cuenta historias. Junto con los esfuerzos de Pérez Vejo, esta es la pieza que, entre todos estos textos bicentenarios, de mejor manera recuenta y re-narra la historia. Abreva de la historiografía reciente, pero la digiere en un relato que, con los datos de siempre, cuenta algo distinto. El texto ofrece momentos memorables, como el inicio de una tercera revolución, la de los exaltados, en 1810, en la cual un cura de la Sociedad Patriótica de Caracas se da a sumergir tres veces la imagen de Fernando VII en el río Guaire, pero el retrato de marras no se hunde, resurge a la superficie. El cura indino, al grito de “¡Muera Fernando VII! ¡Viva la independencia!”, termina por enterrar el retrato en las playas de Guaire –y esto ya tiene “melódico rugir de hermosa cumbia”. Mejor todavía: el ensayo narra la segunda revolución de Bolívar, la menos aristocrática pero más eficiente y sanguinaria, la guerra a muerte que por necesidad tuvo que ser la alianza con los llaneros de José Antonio Páez, esos que Bolívar había despreciado en su primera revolución. El párrafo no tiene desperdicio:

Un general se pasea por un campo de batalla. Empuña “una lanza ligera con banderola negra, a la que se veían bordados una calavera y unos huesos en corva con esta divisa, Muerte o libertad”. Lleva un pañuelo negro alrededor del cuello. Otro general mide la fuerza del enemigo que ha de enfrentar. Lo hace “sentado a la mujeriega”; revista sus propias tropas. De súbito, coge la lanza, se sienta recto y agita en alto el muy conocido y temido símbolo de la guerra a muerte: una bandera negra con una calavera y con unos huesos en cruz. Son Bolívar y Páez.

Paraguay en *Las independencias hispanoamericanas* es examinado por Barbara Potthast y el artículo es relevante porque trata la verdadera excepción hispánica:

la primera independencia hispanoamericana (en 1811 de la provincia de Buenos Aires y en 1813 de España). Una región que rápidamente se radicaliza y llama a la independencia, no iluminada por un nacionalismo preexistente o por una clarividencia moderna y liberal sino por el doble miedo a Buenos Aires y a Portugal. De manos de un dictador ilustrado, el primer caudillo indigenista de la región, José Gaspar Rodríguez de Francia, Doctor Francia, Paraguay logra hacer patria antes que todos, una nación que a lo largo de la primera mitad del siglo XIX fue más estable que todos sus vecinos hispánicos, solo para ser destruida por el imperialismo brasileño unido a la Argentina y el Uruguay. Tenía razón el Doctor Francia: nada tenía que temer de España, el problema era Portugal, o lo que siguió: el gran imperio brasileño.

El lector puede encontrar invaluable material nuevo y de síntesis en el resto de los ensayos incluidos en *Las independencias hispanoamericanas*, sobre todo el lector universitario. Y es que aunque el volumen pretendió, quizá, ser menos escolástico y más de difusión, me temo que decantó en académico. Como tal es excelente.

El libro que sí parece escrito para la difusión masiva es *A la vera de las independencias de la América hispánica*, de Juan María Alponete. Un volumen extraño, pleno de anécdotas de pasado y presente, lo mismo detalles sobre la esposa de Abasolo o la lucha de clases que los encuentros del autor con don Juan de Borbón y un su muy cercano allegado. Una verdadera ensalada de temas y personajes relacionados (o no) con el periodo de la independencia, todo unido bajo la convicción de que se ha ignorado al “otro” en las historias nacionales y que en México se debe conocer tanto a Hidalgo como a Francisco de Miranda. Una mesa de tapas, pues, cosas más o menos nutritivas, deshilvanadas, intercaladas con documentos y testimonios e ilustraciones de época. Todo en un lenguaje que se imagina deleite de cualquiera pero que se revela, en mi pobre opinión, mezcla a la deriva entre Marta Harnecker, Espronceda y Antonio Gala:

La revolución inglesa que termina con la monarquía absoluta, la revolución francesa que exalta la declaración de los derechos del hombre y el ciudadano y la invasión de España por Napoleón, en 1808, que producirá la constitución de Cádiz en el cuadro, goyesco, del levantamiento del pueblo español contra los invasores franceses, constituyen un todo profundo y revelado que las clases dominantes, explotando el nacionalismo más reaccionario, paralizarían una toma de conciencia colectiva y, por ello, establecieron una opresión derivada de nuevas tiranías y desigualdades nunca superadas.

*Potser sí, potser no*, dicen los catalanes. Son muchos derivados, bemoles, sostenidos y desafines. Pero *A la vera de las independencias* no se amedrenta, habla de lo que su autor considera conveniente, accentuando la lucha de clases a la Marx y Engels o españolerías a la Agustín Lara: “O’Donojú desembarcó en Veracruz (había nacido en Sevilla con sus castañuelas y su Giralda alzada mirando el cielo azul).” ¡Olé! Francisco de Miranda, Alexander von Humboldt, masones, Vicente Rocafuerte, Rafael del Riego, Fernando VII, Jefferson o José Martí: Alponete escoge los temas y sus conexiones con un criterio que se me escapa. La debilidad del Estado a raíz de la independencia acaba en la guerra contra el narcotráfico, la cual “conforma, en su esencia, una guerra social o una subversión social, que ha revelado, con las crueldades inauditas de cada parte, que la lucha de clases de la Independencia y la Revolución no se ha terminado por la debilidad de la clase trabajadora [...] y la debilidad de una clase media atrapada por una burocracia y una clase política que ven al país, aún, como botín”. La lucha de clases de la independencia, pues, engancha con la guerra contra el narco, otra lucha de clases, y sea el Chapo Guzmán el Vicente Guerrero en busca de un Iturbide para pactar. Igual y sí.

No obstante, el de Alponete comparte con el resto de los libros aquí

reseñados la necesidad de leer las independencias más allá de las historias patrias. Y en esto el libro es exitoso. Como Alponete, yo mismo he comprobado que preparatorianos y universitarios ven con ojos de libro de texto a México y, sobre todo, que no ven más allá. La lectura de *A la vera de las independencias*, de un autor harto más leído y prolífico que nosotros los historiadores, al menos les hará ver que difícil es entender la historia mexicana solo como mexicana.

En fin, llegará el 2011 y quedarán arrumbadas, como en 1911, las pilas de libros conmemorativos; los historiadores perderemos nuestro minuto de fama pública y volveremos, los que vuelvan, al moho del aula y el archivo. Después de todo, 2010 no pasará como el año en que a flor de piel revisamos la historia, sino como el año en que vivimos en peligro. Pero algún día la historia se librará de su obsesión por los orígenes nacionales y, como a ratos algunos de los historiadores aquí comentados, podrá articular sin pena, también sin gloria, que no hay Adán ni hay Eva; son dos humanos en pelotas. —

— MAURICIO TENORIO TRILLO



## CUENTOS

### Localismos



**Fogwill**  
**Cuentos completos**  
pról. Elvio E. Gandolfo,  
Montevideo,  
Alfaguara, 2009,  
458 pp.

Téngase en cuenta este nombre, Fogwill, antes de apresurarse y decretar la defunción de las literaturas nacionales. Téngase en cuenta la obra de este escritor, novelas y cuentos y un puñado de ensayos, cuando se esté a punto de afirmar que ya no hay fronteras y que ya nada nos es ajeno. Porque resulta que Fogwill (Buenos Aires, 1941) es, como Marcelo Mellado en Chile, como David Toscana en México, como tantos otros autores en tantos otros países, un escritor esencialmente nacional —un argentino para argentinos.

No es que los escenarios y las referencias de sus ficciones sean locales —así se arma casi toda narrativa. No es tampoco que su escritura esté *contaminada* de habla —en este caso, de estilizada jerga porteña. Es sencillamente que este hombre escribe desde Argentina para debatir y afectar la —ya de por sí autorreferencial— literatura de Argentina. Basta con notar la manera en que cita o parodia el canon local, o la frecuencia con que participa en controversias tribales, o los escándalos que él mismo genera al interior del circuito literario bonaerense, para entender que no es a nosotros a quienes mira.

El Fogwill que alcanza a llegar hasta México es, previsiblemente, menos polémico y, desafortunadamente, bastante escaso. Sus libros circulan apenas y apenas si son discutidos y reseñados. Aun su novela más célebre, *Los pichiciegos* (1983), faltaba en los estantes de las librerías mexicanas hasta hace unas cuantas semanas, cuando Periférica, que reeditó la obra, mandó algunos ejemplares a esta orilla. Ahora también puede encontrarse —o tal vez no— este volumen: todos

los cuentos que ha escrito Fogwill salvo los cinco o seis que él mismo descartó. En total: veintiún relatos —algunos de ellos casi *nouvelles*— publicados entre 1974 y 2007.

La pregunta es: ¿cómo leerlos?, ¿de qué manera enfrentarse a unos cuentos que evidentemente no fueron escritos para uno? Inútil buscar asistencia en el nimio prólogo de Elvio E. Gandolfo o en la esquiva nota preliminar del propio Fogwill: no ofrecen coordenadas, estamos a solas. Inútil, también, buscar asidero en la cronología: los cuentos se presentan sin orden temporal, obedecen la arbitraria secuencia que Fogwill quiso imponerles. Solo hay textos, veintiuno, y es difícil hallar un estilo, una estrategia, que los articule. Hay relatos con suspenso y sin suspenso, políticos o amorosos, metaliterarios o realistas. Hay lo mismo misterios marítimos (“El japonés”) que brutales alusiones a la guerra de las Malvinas (“Los pasajeros del tren de la noche”) y hasta una divertida parodia de *El extranjero* de Camus (“Sobre el arte de la novela”). Hay un puñado de cuentos maestros (los dos últimos más “Muchacha Punk”, “Help a él” y “Otra muerte del arte”) y hay, para ser sinceros, dos o tres narraciones bastante tortuosas.

Es tanta la oferta que uno podría llegar a pensar: este hombre es uno de esos narradores, más o menos convencionales, que sacrifican todo —estilo, poética, visión del mundo— en aras de la trama; otro cuentacuentos cuya única justificación es el tópico placer de narrar. Sin embargo, es cosa de mirar con detenimiento para notar que estos relatos, al revés de los de los narradores-artistas, no funcionan *como deberían*. En vez de salir disparados hacia la meta, se demoran en el camino —su ritmo es lento e inestable, la prosa bulle y zigzaguea, el narrador arrastra ideas y manías a lo largo de las páginas. En lugar de optar por la elegancia y la ligereza, no temen ensuciarse, ni ser opacos, ni extenderse y engordar. De hecho, uno tiene la impresión de que los mejores de estos cuentos pesan y ocupan espacio —*significan*.

¿Que por qué pesan? Tal vez, en parte, por su densidad intelectual. Es cierto que uno nunca diría que Fogwill es un teórico o un filósofo. Es verdad, también, que dentro de la literatura argentina él pasa por ser uno de los narradores menos intelectuales —más cercano, por ejemplo, a Arlt y Puig que a Borges y Saer y Piglia. Pero ya se sabe que no se puede ser un narrador de veras argentino sin ser un narrador inteligente y Fogwill es de veras listo. Tan listo que su obra es una prueba —otra más— de que se puede narrar y pensar la narrativa al mismo tiempo. El mejor Fogwill es, en este sentido, dos Fogwills: un narrador nato, capaz de pasajes dramáticos muy potentes, y un curioso crítico que extiende y extiende el relato con el propósito de habitarlo e investigarlo durante el mayor tiempo posible. Este recurso, desplegar y estirar los textos hasta dejar a la vista su porosidad, es clave en Fogwill. Si no se cree, léase esa maravilla que es “Help a él”, una larga y paródica deconstrucción —ya desde el título— de “El Aleph”. ¿Deconstrucción? Más bien: ampliación, expansión de los elementos borgeianos para de ese modo volverlos más obvios y comprensibles.

Estos cuentos pesan, además, por toda la *realidad* que acarrearán. Desde luego que no se trata de una realidad universal, ingrátida, tópica —de esa que, ay, hace crack. Se trata de una realidad concreta y local —experimentada. Si Fogwill tiene un compromiso, no es con lo Real ni con la cacareada Condición Humana. Por el contrario: trabaja con materiales claros y específicos —un rincón particular de Buenos Aires, un determinado taxista, una fecha puntual. En efecto: *trabaja*. Después de elegir su porción de realidad, no se limita a cuidarla ni a registrarla en detallados apuntes costumbristas. Procede del mismo modo que con el cuento de Borges: extiende el tejido —la trama— de esa realidad hasta botar sus costuras y abrir sus puntos. Donde se crea un espacio, clava una aguja. *Que* lastima en México y cómo ha de joder en Argentina. —

— RAFAEL LEMUS

## ENSAYO Y CRÓNICA

### Dos autores conversan



**William Styron**  
*Habanos en Camelot / Crónicas personales*  
trad. Dolores Udina,  
Barcelona,  
La otra orilla,  
2009, 188 pp.



**Gay Talese**  
*Retratos y encuentros*  
trad. Carlos José Restrepo,  
Madrid,  
Alfaguara,  
2010, 312 pp.

“Buscando a Hemingway”, la crónica de Talese sobre la legendaria *The Paris Review* y el grupo de gente que la fundó, incluye un cameo de Styron, que llega a París en los años cincuenta y convive con aquellos jóvenes expatriados, todos de buena familia y egresados de las mejores universidades, que convirtieron un proyecto excéntrico en una de las grandes revistas del siglo XX. En el verano de 1952, después de que *The Paris Review* quedara constituida y George Plimpton fuera elegido director, Styron se va de París en compañía de Harold Humes, otro de los fundadores (que había aspirado a dirigir la revista y se había resentido cuando el trabajo se lo dieron a otro). La actriz francesa Mme. Nénot los había invitado a su propiedad, una villa de cincuenta habitaciones en Cap Myrt, cerca de Saint Tropez; y allí, entre ninfas en bikini cargadas de uvas, bebiendo vino “con esas chicas que parecían pertenecer solamente a la playa”, Styron y Humes pasaron el verano.

Es la única vez que William Styron y Gay Talese se cruzan en letra impresa, por lo menos a juzgar por los textos de estas dos curiosas —y curiosamente complementarias— antologías. Nacieron con siete años de diferencia, pero no es la cronología lo que los separa. En la literatura norteamericana, no es fácil pensar en dos autores más distintos: William Styron

era sureño, de familia tradicional y acomodada y episcopaliana, su apellido se remontaba varios años en el árbol genealógico de Estados Unidos (sus abuelos habían sido propietarios de esclavos), y sus estudios tuvieron lugar en la muy prestigiosa universidad de Duke.

Y además, era escritor de ficción.

Gay Talese, por su parte, había nacido en Nueva Jersey, era hijo de un sastre calabrés y de una hija de inmigrantes también italianos, su modesta familia católica se ganaba la vida con un negocio de prendas de vestir, y el director de su escuela opinó en algún momento que el muchacho no debería seguir aplicando a universidades, porque era una pérdida de tiempo (acabaría entrando a la universidad de Alabama).

Y además, era periodista.

Y un periodista comprometido con el periodismo: un fetichista de la realidad, un militante.

Pues eso: en la literatura norteamericana, no es fácil pensar en dos autores más distintos. Y es eso lo que hace fascinante la lectura al alimón de estas dos colecciones: a pesar de que solo una vez aparece uno de los autores en las páginas del otro, estos dos libros de universos distintos se encuentran (involuntaria e improbablemente) en varias intersecciones. *Habanos en Camelot* es una recopilación de los ensayos —autobiográficos, literarios— de Styron, y ninguno de sus catorce textos abandona ni por un instante la seguridad de la primera persona. Desde la maravillosa evocación de John F. Kennedy que da título al volumen hasta un elogio del caminar, desde una especie de historia personal de la sífilis hasta una declaración de amor por Mark Twain, *Habanos en Camelot* es personal e intransferible, un inventario de memorias, opiniones y otras formas de la subjetividad. *Retratos y encuentros* es todo lo contrario: salvo los tres últimos textos —en que la palabra *yo* hace su aparición como si llegara a una fiesta ajena—, Talese no está en sus crónicas: sus crónicas son sobre otras personas. El libro es una reunión extraordinaria de las piezas que convirtieron a Talese en embajador, o portaestandarte, o punta de lanza (¿no hay manera de decir esto sin cursilería?) de eso que se llamó Nuevo

Periodismo. Todos recuerdan el prólogo de Tom Wolfe a la colección de crónicas que, allá por los años sesenta, le dio carta de identidad al movimiento. “Era el descubrimiento”, escribe Wolfe, “de que en un artículo, en periodismo, se podía recurrir a cualquier artificio literario”, y eso para “provocar al lector de forma a la vez intelectual y emotiva”. Para el Nuevo Periodismo, decía Wolfe, la crónica y el reportaje podían ser obras de arte. Y todo había nacido, decía Wolfe, con la lectura de una crónica de Gay Talese: “Joe Louis: el rey en su madurez”. *Retratos y encuentros* incluye esa crónica, así como las otras obras maestras del género que le dieron a Talese el lugar que ahora tiene: “Frank Sinatra tiene un resfriado”, por ejemplo, o “Alí en La Habana”, sobre la visita de Mohammed Alí a Fidel Castro en 1996. Mientras tanto, *Habanos en Camelot* es —con todo y que incluya varias maravillas imposibles de ignorar— un libro accidental, secundario dentro de la obra de Styron. Un libro cuyos destinatarios eran sus lectores, los lectores de *Las confesiones de Nat Turner* o *La decisión de Sophie*.

Y sin embargo... Sin embargo, los ecos y las resonancias que hay entre los dos volúmenes son, más que una simple diversión, un verdadero diálogo. Leer los dos libros juntos es asistir a una conversación sobre habanos entre Talese, fumador empedernido que venera el sabor de un buen puro, y Styron, adicto al más prosaico vicio del cigarrillo, que evoca el puro que se fumó por invitación (y en presencia) de ese ilustre fumador: el presidente Kennedy. Talese y Styron compartían también el vicio de caminar, y de caminar con sus perros: leer “Caminando con Aquinnah”, de Styron, y “Paseando a mi cigarro”, de Talese, es como oírlos hablar de ese placer y quejarse de que no lo comparta más gente. En “Orígenes de un escritor de no ficción”, Talese recuerda —en un raro momento de autobiografía— lo mismo que recuerda Styron en “Tendré que preguntarlo a Indianápolis”: los comienzos, su angustia, la dificultad de los logros, la naturaleza de la recompensa. Y así van hablando los dos: con acento distinto, sentados de distinta forma, pero compartiendo la gracia y la elegancia y la generosidad y

el respeto por el lector y por sus respectivos mundos. Dos grandes del siglo XX conversando, y uno, lector privilegiado, escuchándolos. —

— JUAN GABRIEL VÁSQUEZ

## ENSAYO

### Por una América Latina unida



**Andrés Oppenheimer**  
**Los Estados Desunidos de Latinoamérica**  
**México, Debate,**  
**2009, 319 pp.**

Por más que el abanico de temas contenidos en el más reciente libro, publicado el año pasado, del periodista argentino Andrés Oppenheimer sea tan amplio que por un momento pudiera pensarse en una América Latina resueltamente enmarañada y multiforme, una lectura atenta de las columnas contenidas en el volumen, escritas todas ellas entre 2006 y 2009 para *The Miami Herald*, revela cierta afinidad preconcebida entre sus planteamientos principales. A Oppenheimer le preocupan, en lo fundamental, cuatro grandes aspectos de esa realidad escurridiza de la Latinoamérica a la que obstinadamente ha venido volviendo su mirada de periodista investigador forjado a la más pura usanza estadounidense. Por principio de cuentas, la escasa integración económica del subcontinente y la desarticulación derivada de industrias y sectores entre países como viejo mal ínsito a la región ocupa buena parte de su análisis, mismo que, en resumen, apunta a vindicar la apertura y el intercambio comercial como estrategia de crecimiento inmejorable. Para su decepción, no encuentra este destacado analista de la CNN una franca política de integración económica ni en el norte ni en el sur de todo el continente americano y, en cambio, su mirada da cuenta de las reyertas entre gobernantes y gobiernos, responsables indiscutibles del fracaso de proyectos ambiciosos como el Área de

Libre Comercio de las Américas (ALCA) o como las diversas negociaciones bilaterales para la creación de nuevos territorios con libre flujo de bienes y servicios.

En esa América Latina plagada de protervas oligarquías, de intereses que impiden la consolidación de regímenes jurídicos y de esquemas conjuntos para la competitividad internacional, Oppenheimer avizora la aparición de un fenómeno indiscutible, motivo para la segunda línea visible de análisis en *Los Estados Desunidos de Latinoamérica*. Hay, en esa relación compleja, y en muchos sentidos irresoluble, que une a los países latinoamericanos con Estados Unidos un tema que, en sí mismo, constituye uno de los eslabones más sensibles en el camino hacia una eventual integración regional. Tal es el tema de la migración de millones de indocumentados latinos hacia el poderoso país del norte. La postura de Oppenheimer respecto a la política estadounidense en materia de inmigración es, a lo largo de estas páginas, con mucho, de lo más incisivo del libro. “Como lo demuestra el ejemplo europeo —escribe— el único camino para reducir la inmigración es una mayor integración económica, incluyendo la oferta de ayuda económica condicionada a políticas económicas responsables.” No habrá, pues, desde la perspectiva de quien también se ha convertido en conductor de un exitoso programa televisivo de debate, solución al problema de la inmigración ilegal en Estados Unidos sin una política de apertura y colaboración con los países expulsores de millones de migrantes a la caza de oportunidades en una tierra que no es la suya.

Una tercera línea de análisis en buena parte de las columnas incluidas en el libro tiene que ver con las nociones de izquierda y derecha en un momento en que en la región emergen gobiernos con una aparente filiación izquierdista. No hay tal predominio, se encarga de consignar Oppenheimer: lo que campea en América Latina —según una encuesta de Latinobarómetro dada a conocer en 2006— es una preferencia generalizada por la centro-derecha, lo que llevaría a desechar la idea de una expansión endémica de la izquierda anquilosada y

retrógrada que representan los gobiernos de Hugo Chávez, Evo Morales y Rafael Correa en Venezuela, Bolivia y Ecuador, respectivamente. La izquierda que, por otro lado, se gana los respetos de Oppenheimer y de un amplio sector de intelectuales y comentaristas como él, corresponde a la izquierda progresista que ha implementado cambios notables en países como Chile y Brasil —de la mano de Michelle Bachelet y de Luiz Inácio Lula da Silva— y que hoy por hoy se perfila como el modelo socialdemócrata latinoamericano alternativo.

La cuarta, y última, línea de trabajo en un libro que por sus intenciones prosigue con la tarea crítica desplegada anteriormente en *Cuentos chinos* (Plaza & Janés, 2005), atiende al papel de Estados Unidos en su relación con América Latina. Ríspida o negociada, compleja o clarificada, la presencia inevitable del gigante en asuntos como los relativos a la creciente ola antiinmigrante, la negociación estratégica de alianzas en pro del comercio o en contra del crimen organizado lo convierte en un factor de peso para el futuro al sur de su territorio, presencia que —a decir de Oppenheimer— el arribo histórico de Barack Obama a la presidencia debiera potenciar para beneficio propio y de la zona en su conjunto.

Las admoniciones que Oppenheimer esgrime desde sus muy leídas columnas semanales contra el inmovilismo político, el autoritario ejercicio del poder y la inercia en los procesos de cambio social resultan, a decir verdad, previsibles de cara a un diagnóstico sostenido en los últimos años por una importante corriente liberal afincada en Latinoamérica. Como puede leerse en este libro, el contenido de la declaración final de la Cumbre de las Américas llevada a cabo en Trinidad y Tobago en abril de 2009 se suma a una larga lista de “buenas intenciones” para las cuales hacen falta dos rasgos en los que América Latina toda mantiene un déficit histórico de proporciones indeseables: compromiso y voluntad política. Más allá de si hay en realidad algo que pueda denominarse Latinoamérica —por contraposición a quienes afirman que solo existe un conjunto de países con intereses diversos unidos por la geografía—,

la región enfrenta el reto de la modernidad y la globalización en medio de serios rezagos en materia de integración y desarrollo. Dentro de ese contexto, discutibles o no, los planteamientos liberales de Andrés Oppenheimer en su lectura acuciosa del acontecer latinoamericano reflejan una conciencia que no puede pasar inadvertida. El diagnóstico liberal de las condiciones para el cambio está hecho desde hace mucho. Corresponde a América Latina asumir el riesgo de montarse a la ola de los nuevos tiempos o sucumbir ante la ingente cantidad de cambios concretos que el presente y el futuro inmediato le reclaman. —

— FRANCISCO PAYRÓ

#### NOVELA

## El corazón de nuestra época



**Carlos Franz**  
*Almuerzo de vampiros*  
Madrid,  
Alfaguara,  
2008, 238 pp.

Dos amigos de juventud se reencuentran en el restaurante *Le Flaubert*, algo así como *La closerie des Lilas* de Santiago de Chile, en un radiante día del verano austral. En el lapsode un almuerzo, evocan su pasado común en el Internado Barros Arana, cuna de una destacada generación de poetas, y, en particular, a un maestro de literatura que habría reaparecido por las calles de la capital después de haber muerto en manos de los torturadores pinochetistas. Uno de los dos comensales, el que está de regreso y lleva la voz cantante y creadora de la novela, confiesa sentir un amor y un odio simultáneos hacia ese maestro: “Fuera cual fuera su destino —le dice interpeándolo intermitentemente a lo largo del relato—, usted se había ido y me había dejado solo. Me ayudó a formular las bellas preguntas y me dejó con las horribles respuestas. Usted me animó a leer y a pensar. E incluso más: me animó a esa forma superior del pensamiento que

es soñar. Y después yo había despertado en un mundo donde ‘la belleza de la literatura’ era una mala broma (peor: un chiste siniestro).” Se antoja que el narrador encarna así a toda una generación, sin duda la de Carlos Franz, a la que le tocó vivir su juventud, habitualmente la más hermosa de las edades, bajo las leyes de excepción de la dictadura militar. ¿Cómo sentir nostalgia hacia una mocedad escamoteada y carcomida por la barbarie o la cobardía? La única posible es “una oscura nostalgia, como la que sentimos por un enemigo del cual ya no podremos vengarnos”.

El plato fuerte de este *Almuerzo de vampiros* es el enigma que envuelve la condición del sobreviviente en una niebla de vileza, horror y compasión. Chile es un país de sobrevivientes, plantea Carlos Franz, entendiéndolo por supervivencia no solamente la gesta heroica de los que lucharon contra la dictadura militar sin perecer en el intento, sino también la inaudita capacidad de adaptación de aquellos que, a toda costa y a cualquier precio, se volvieron expertos en el decadente arte de sobrevivir. “Un superviviente no está vivo ni muerto. ¡Como los vampiros!”, asegura en su tentativa por precisar esta condición que la trama ilustra sin esclarecer del todo. Carlos Franz retoma así el tema de su novela anterior: *El desierto* (2005), que dramatiza el difícil regreso a un país todavía herido o a una época de paz sin honor, como diría Bram Stoker. De una novela a otra, el tono y la tesitura cambian radicalmente: *Almuerzo de vampiros* se antoja una caricatura carnavalesca del drama de los retornados, que colmaba de densidad y de cuartillas la inmensidad de *El desierto*.

En esta tragicomedia de humor negro, todos los personajes son un doble fraudulento de un original extraviado, el revés de una medalla acuñada en un pasado de esperanza, que quedó sin brillo ni valor de cambio pese al “alegre éxito contemporáneo”. Lo que Chile ha perdido, nos sugiere Carlos Franz, es una autenticidad que nada tiene que ver con la razón histórica, las ideologías o un proyecto de transformación social. La dictadura ha engendrado algo peor que camposantos en los desiertos, mares y



volcanes del país: ha engendrado una población proclive a la simulación y la contemporización, pendiente del “miedo amarillo y minúsculo al qué dirán”, “algo así —escribe Carlos Franz— como una joroba de esta misma época que, de tanto mirarse en el espejo y encontrarse bella, no se ve la espalda curcuncha”. Y la voz madura que canta la derrota del exitoso Chile actual añade: “Traicioné la nobleza de vivir que me enseñaba el profesor original. Y ni siquiera aprendí a sobrevivir traicionando cualquier nobleza, como me quería enseñar usted.”

*Almuerzo de vampiros* es una novela sucia, donde la inmundicia moral se refleja en la bazofia física de los personajes diabólicamente duplicados, en “el genitil dialecto chileno” y en un erotismo degradado por la crudeza de las relaciones gobernadas por la bestialidad y el trapicheo. La mirada que Carlos Franz ejerce sobre la sociedad chilena contemporánea no escapa de la extrañeza del que regresa al país natal con piel mudada y desconoce lo familiar o, mejor dicho, lo descubre con mayor lucidez. Por ejemplo, la promiscuidad favorecida por la estrechez del territorio o la endogamia alentada por la escasa población, Carlos Franz las cifra en los sonidos que asedian la mesa flaubertiana: “Las picudas voces chilenas tienen ese filo que rasga la privacidad de los vecinos, por mucho que nos defendamos. Parte de nuestra horrible y deliciosa endogamia secular viene de este entrometerse de lenguas agudas en nuestros oídos, que hace que escuchemos sin querer, y sepamos casi siempre lo mismo que los demás.” Y también en “el acento nasal y afeminado de los grandes señores chilenos (especialmente cuando están de vacaciones)”. El glosario intercalado en el relato corresponde a la misma intención antropológica de subrayar las voces más idiosincráticamente chilenas, como si el retorno al país natal fuese asimismo una inmersión perpleja en el idioma nativo. Pero este breve diccionario resulta ambiguo y algo artificioso, porque no se entiende bien a qué clase de lectores se dirige.

La urdimbre de la novela denota una pericia de narrador que trenza los tiempos del relato de tal manera que el lector perciba claramente las consecuen-

cias del pasado en el presente del país y tal vez, añadiría yo si así pudiera decirse, también las del presente en el pasado. No obstante, hacia el final, Carlos Franz entrega las claves que disipan la niebla que velaba la trama, al estilo de las novelas góticas o policíacas. Él mismo parece escribir una parodia de novela gótica, un doble embaucador de un clásico *Almuerzo de vampiros*, en el que hasta la muerte es una pesada broma de la Historia. En efecto, a través del falso fusilamiento que padece el personaje principal, el doble literario del autor, se evoca una de las peores torturas de la época de la dictadura: el simulacro de una ejecución o la falsificación más cruel de la condena: “He sobrevivido, me digo. Pero de algún modo, también sé que no del todo. Que algo verdadero ha muerto en este falso fusilamiento. Porque nos han hecho la peor broma de todas. Ésta sí que es la más pesada: la muerte en broma.”

Carlos Franz lidia en esta novela con un problema bastante agudo en la literatura: ¿todo se vale en la creación literaria? El humor negro que inyecta a ciertas anécdotas o situaciones, ¿acaso podría ofender la memoria de los genuinos sobrevivientes de la dictadura, a aquellos que contrastan y se diferencian de los dolosos sobrevivientes, es decir, de las mayorías? Los fariseos que animan la tragicomedia de *Almuerzo de vampiros* proyectan realizar una película destinada a redorar la imagen del cine nacional, tan castigado por la censura interna y exterior. La película se titularía *La talla de Chile*, es decir, “lo mismo que la batalla de Chile. Sólo que más corta”, aludiendo así al leccionador documental de Patricio Guzmán. Finalmente, Carlos Franz suma a estos oscuros juegos y jueras el álgido problema del olvido: “Es preciso olvidar, me han dicho. Pero he aquí que yo sigo a la sombra, a la sospecha, al espíritu de ese hombre.” Nadie tiene derecho a pedir o impedir el olvido. Solo aquellos que han caído entre las garras de la barbarie son susceptibles de decidir si otorgan o no el perdón que es la antesala del olvido. Por lo pronto y puesto que se trata de vampiros, Carlos Franz blande su pluma cual estaca y pide: “Clávala en el corazón de nuestra época.” —

— FABIENNE BRADU

NOVELA

## Civilización y barbarie



**Martín Kohan**  
**Cuentas pendientes**  
Barcelona,  
Anagrama,  
2010, 184 pp.

La prosa del escritor argentino Martín Kohan, sobre todo en los últimos libros, transmite precisión clínica, fría distancia. De una a otra novela, sin embargo, los efectos son diferentes. Si, por ejemplo, en *Ciencias morales* (2007) esa escritura servía para trabajar la rigidez amoral de la dictadura y sus formas represivas, y la manera panóptica en que esa rigidez se inmiscuía en la conciencia, en el imaginario de la clase media (en este caso, en el personaje de la preceptora), en *Cuentas pendientes* sirve para construir de manera tan minuciosa como desapasionada a Giménez, el personaje aparentemente central de la narración. Ese estilo, ya lo veremos, es engañoso: le permite a Kohan construir el secreto, la vuelta de tuerca sobre la cual des-cansa la novela.

El narrador presenta a Giménez en el primer párrafo: “arrastra los pies” al caminar, está cansado y tiene las piernas “acechadas por calambres, quebradizas”. Poco después el lector se entera de que vive solo en un departamento muy pequeño y de que está a punto de llegar a los ochenta. Su mundo es mezquino, está hecho de gestos miserables: los planes para no pagar el alquiler del departamento, la relación con la ex (que vive en el mismo edificio y lo atormenta), su comercio sexual con putas viejas y sus sueños de acostarse con putas más jóvenes. Sus ideas están llenas de lugares comunes: ¿es verdad que murieron tantos judíos en la guerra, o es una propaganda sionista? “Mañana será otro día”, piensa Giménez antes de dormirse, pero en verdad el otro día parece ser el mismo. Kohan ha creado un personaje notable, redondo en su fidelidad a una “vida oscura y triste”.

En el imaginario de Kohan aparecen siempre los años de la violencia, de la dictadura, de la guerra sucia. El título parece remitir a las “cuentas pendientes” de la sociedad argentina con su pasado. Giménez tiene una relación servil con Vilanova, un militar que, décadas atrás, les dio a Giménez y su esposa un bebé para que lo adoptaran. Kohan no necesita insistir en este tema porque resulta fácil llenar los espacios en blanco, asumir que los padres del bebé fueron víctimas “desaparecidas” de la dictadura. Estamos en el presente, pero el pasado no termina de convertirse en pasado. A estas alturas, este tema se ha convertido en un lugar común de la ficción argentina, y hace bien Kohan en no insistir. Igual, no es esto lo mejor de la novela. De hecho, quizá *Cuentas pendientes* no necesitaba de este subtexto para funcionar.

Lo que sí funciona de maravilla es la vuelta de tuerca que se inicia en el capítulo XIV. Ahí, Giménez se encuentra con el Dueño del departamento, y se entabla un diálogo que le permite a Giménez un despliegue de estrategias para evitar una vez más pagar los cuatro meses de alquiler que adeuda. *Cuentas pendientes*, que hasta el momento había sido narrada en un estilo indirecto libre y se focalizaba en Giménez, de pronto gira a la primera persona, para descubrir que el narrador “impersonal” no lo es tanto. El Dueño (de la novela), el narrador, es un escritor, obvia parodia del mismo Kohan: acaba de publicar una novela cuya trama es la de *Segundos afuera* (una de las novelas más importantes en la obra de Kohan). Y el Dueño lee su propia novela y la describe como un “diálogo de sordos” entre la cultura alta y la cultura popular. De igual manera, el Dueño de *Cuentas pendientes* es un letrado incapaz de entender las “tretas del débil” de Giménez.

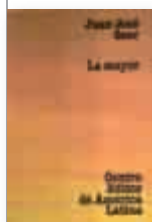
En ese cambio de perspectiva, *Cuentas pendientes*, que podía leerse como un estudio notable de un personaje, o como un relato sobre la violencia histórica y su rastro de sangre en el presente, se abre a otra lectura en clave metaliteraria: aquella que reinscribe en la literatura el conflicto entre civilización y barbarie, obsesivo paradigma de la cultura argentina. Este paradigma, que comienza

con Echeverría (“El matadero” es un texto fundacional para Kohan), se consolida con Sarmiento y se reconfigura a lo largo del siglo XX, en la obra de Borges, Cortázar y Piglia –por citar solo algunos–, no termina de agotarse. Martín Kohan le ha dado nueva vida para el siglo XXI. Las “cuentas pendientes” adquieren una resonancia mayor: no solo tienen que ver con el pasado más reciente sino que echan sus raíces en el “diálogo de sordos” con el que se origina la nación argentina. —

— EDMUNDO PAZ SOLDÁN

## RELECTURA

### El fin de la experiencia



Juan José Saer  
*La mayor*  
Buenos Aires,  
Planeta, 1976.

Imaginar un relato que verifique la imposibilidad de la experiencia, que suponga al recuerdo como el contrapunto inasible de esa oquedad. Suponer una voz que, al espacio en el que alguna vez fue posible la experiencia, oponga una suerte de desierto de sentido, un territorio en el que se hayan cortado todos los lazos entre el suceso y el recuerdo, donde la fractura entre la memoria y los acontecimientos constituya una alteración en la estructura de los sentidos y en la certeza sobre la existencia del mundo. Esbozar una narración en la que, cuando el recuerdo se extinga, cuando la conexión entre la sensibilidad y la evocación de las asociaciones agonice, la idea de la experiencia se vuelva inverosímil, y esta imposibilidad produzca una grieta en el ser de las cosas. Que así se sugiera, quizá, la desaparición de los objetos –el mundo de lo objetivo–, y de la subjetividad, la viabilidad misma del yo. Delirar un ahora que no sea la experiencia de una intensidad, sino la habitación de una zona del tedio, una especie de viscosidad en la que el aquí y el ahora no sean la matriz de los

actos, sino una clausura, una prisión que enuncie al presente como un hueco, una percepción diluida y ausente, en la que la soledad, el silencio, el vacío, que de Meister Eckhart a Descartes habían sido las condiciones de la introspección y de la mística, establezcan las dimensiones de la no experiencia y el sopor. Fantasear una superficie en la que los sentidos se hayan vuelto inasequibles, no recuerdos, las presencias deshabitadas del hastío, los escalones de un retiro inhabitable, de una subjetividad desnuda: el puro esqueleto de la mente. Una pantalla en la que los objetos hayan perdido su voz y las obras de arte hayan extraviado su halo de distancia sagrada; un declive que aparezca como la correlación directa de la evaporación del sentido, donde el silencio de las cosas no sea un resplandor de la presencia sino una forma metafísica de la afonía. Una secuencia que, en la medida en que progrese, avance lo mismo una disolución de las orillas, una desfiguración de las formas. Un hilo de voz que flote en esa indeterminación como una conciencia a la deriva. Un espacio donde todo se convierta en uno, pero que, lejos de ser una fusión integradora, esa erosión de los límites sea una visión del eterno retorno de lo mismo. Un desplome donde acontezca una desintegración no solo del halo de las cosas, sino de las cosas mismas, reducidas a un magma informe de realidad primigenia: un flujo ciego de materia sin atributos en el que el sujeto no desaparezca ni se transforme: un alumbramiento en el que, a pesar de la disipación, el ego no se funda con las cosas ni se relacione con ellas desde la intuición, sino que se conserve entero, lúcido para percatarse de la cavidad del abismo. Un espectro en el que en un momento se vislumbre un atisbo de experiencia verdadera en un fragmento transitorio que se confunda con el todo. Que ese atisbo sea, tal vez, el lenguaje, la prueba de que el hueco de la experiencia puede ser narrado, de que los relatos son objetos que contienen y crean el mundo en donde antes no había nada. Contemplar una aparición en la que se presenta dolorosamente que el texto, aunque murmure sobre el vacío, puede ser la semilla de la experiencia que viene. —

— HUMBERTO BECK